

Ecos del Pasado

P.Vanrretea (Annisa)



Capítulo 1

Ecós del pasado

Alexandre se despertó asustado al escuchar un estruendo. Al abrir los ojos, se sintió desorientado y un poco aturdido. El sueño que había tenido, apenas unos instantes, provocó que una corriente muy fría le recorriera la espalda. A eso, le sumó la oscuridad terrorífica que inundaba por completo la habitación y que solo un delgado hilo de luz que manaba de la luna llena entraba por la ventana haciendo que se viera el contorno de los poco muebles que le quedaba.

Estiró una de sus manos para coger las muletas y así levantarse del pequeño sofá donde se había quedado dormido mientras se quitaba esa extraña sensación que tuvo al despertar. Sin encender las luces, se acercó a ciegas a la ventana guiándose exclusivamente por su memoria. La gran casa que había comprado hace un par de años se alzaba como una sombra imponente en la cima de aquella loma; rodeada por árboles tan grandes que Alexandre sospechaba que estos llevaban cientos de años en aquel lugar.

Cuando la compró, lo primero que pensó fue en la privacidad que tendría al vivir ahí. No habría ningún vecino que le molestara; y si había alguno de los alrededores, no creía que fuera tan tonto como para querer subir hasta ese lugar. Necesitaba, en lo más profundo de su ser, estar en paz. Los recuerdos de los últimos años lo atormentaban de tal manera que no podía, ni mucho menos quería estar rodeado de personas que le preguntaran constantemente como estaba. Haber vivido toda esa destrucción a su alrededor fue lo que lo orilló a querer desaparecer del mundo. Tenía grabado los gritos de las mujeres intentado proteger a sus hijos, a los niños llorando desesperadamente mientras escuchaban los aviones acercarse a la plaza principal bombardeando a todo lo que se moviera. Daba exactamente igual si eran militares, ancianos, mujeres o niños. Nada de eso importaba. ¿Y él? Cuando recuperó la consciencia, le dijeron que había tenido suerte, que era un milagro, pero no se sentía así. ¿Qué suerte podía tener un soldado si había perdido la mitad de una pierna? ¿Si ya ni familia le quedaba? Así, jamás lo aceptarían volver a la guerra, y no se equivocó. Una vez recuperado, lo primero que recibió fue una carta donde le explicaban que no podía continuar. Que lo mejor era buscarse una nueva vida, y vaya que si lo hizo. Su casa se había transformado en su refugio, fortaleza y, a veces, su prisión. Pasaron los

años y Alexandre se acostumbró a vivir en la soledad que le brindaba aquel lugar.

No fue hasta aquella mañana de primavera cuando su mundo se trastornó al verla por primera vez. Los primeros rayos del sol comenzaron a tocar las hojas nuevas de los árboles haciendo que se viera de un verde esmeralda despampanante. Acostumbrado a ver tal belleza, le pareció un insulto cuando vio una cabellera pelirroja asomada entre el bosque mirando en dirección a su casa. Su primer instinto fue acercarse con escopeta en mano para exigirle que se fuera de su propiedad; y lo iba hacer, pero cuando comenzó a acercarse, Alexandre quedó perdido cuando se encontró con unos ojos verdes, incluso más intensos que el color de los árboles. Sophia.

A partir de aquel día, Sophia se convirtió en su ángel. Ese ángel que lo sacó de la miseria en la que estaba viviendo y que él, ingenuamente, creyó que sería suficiente para continuar con su vida. Alexandre volvió al presente mientras una solitaria lágrima corría por sus mejillas. Los recuerdos comenzaron a pasar por su cabeza, como si fueran granadas a punto de estallar: El primer encuentro, las conversaciones que mantenían sin sospechar siquiera que era un cortejo, las discusiones acaloradas que le hacía pensar lo testarudas que podían ser las mujeres, el primer beso, cuando yacieron juntos al no soportar la atracción que sentían, su matrimonio, el embarazo, su muerte y la del bebé... Cada recuerdo era una puñalada directa a su corazón. Así, Alexandre permaneció en contemplando la fría noche durante horas, dejando que cada recuerdo se le clavara como un afilado cuchillo en el corazón.

Ahogado en su pena, volvió al sofá donde antes se había quedado dormido. Lo había intentado, Dios sabía que lo había intentado por todos los medios. Era consciente que habría días duros, pero después de 5 años de la muerte de Sophia y el niño, ya no soportaba más aquel mundo donde ellos ya no existían. De pronto, fue consciente del metal frío que tenía en su mano. Observó con cautela el arma que tenía desde ya tantos años. Siempre estuvo con él cuando estaba en la guerra, siempre juntos; incluso cuando todo acabó y se trasladó a aquel lugar. Con la llegada de Sophia quedó relegada en un oscuro rincón, pero a su muerte volvió a ocupar el lugar que tenía antes. Al colarse los primeros rayos de sol por la ventana, Alexandre ya había tomado su decisión. Cerró los ojos, mientras el mismo estruendo que escuchó cuando se desertó resonaba en toda la casa.

Apenas un minuto después, la puerta principal de la casa se abrió, dando paso a dos mujeres de mediana edad llamadas Giselle y Colette.

—¿Lo has escuchado? —preguntó Giselle.

—¿Qué cosa?

—¿El disparo? No me digas que no escuchaste nada. —Colette puso los ojos en blanco. Giselle siempre había tenido una imaginación activa. No por nada era una excelente escritora e ilustradora de cuentos infantiles de París.

—Estás loca, Giselle. Aquí no vive nadie de hace muchos años. ¿No te dije que por eso había comprado esta propiedad? Pienso echar la casa abajo y construir una nueva en su lugar.

—Pero, si lo acabo de oír. No estoy loca. —Insistió Giselle.

Haciendo caso omiso del comentario de su amiga, Colette continuó hablando de sus planes en aquel lugar.

Al ingresar al mugroso salón, Giselle vio que la casa no estaba en mejores condiciones que las que se podría apreciar en la fachada. La madera se estaba pudriendo a causa del abandono y las termitas se estaban dando un festín a lo grande. Los pocos muebles que quedaban estaban completamente destruidos. Sin duda, su amiga tendría una ardua tarea por delante al querer levantar su casa en aquel lugar. Pensando en lo que había escuchado al entrar, continuó observando la habitación. Estaba segura que en sus mejores años habría sido un salón muy grande y hermoso. Sin embargo, había un pequeño sofá en un rincón lleno de telarañas. No supo la razón, pero mientras escucha a Colette hablar, se acercó como si una fuerza la atrajera. Al acercarse vio una enorme mancha oscura en el respaldo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a Colette de pronto.

—Que el dueño se mató.

—¿Cómo?

—Dicen que se suicidó. Es una historia que se ha venido contando de hace años. Mi abuelo me la contó cuando era pequeña. El hombre que vivía aquí, un soldado de la segunda guerra mundial, no soportó perder a su mujer, así que se pegó un tiro. De hecho, se dice que aún se puede percibir en el aire los lamentos que le provocó su pérdida ¿Será verdad?

Giselle apartó la mirada de su amiga para volver a contemplar la mancha oscura que tenía el sofá. Sintió que la pena la embargaba al escuchar a lo lejos un sollozo que se fundió en el aire.

FIN